

El forastero

ILUSTRACIÓN TOBÍAS ARBOLEDA

ELKIN
RESTREPO

Cuando Arlene escuchó a los perros, se asomó a la ventana y vio al hombre en el camino vecinal. Era alto, vestía camisa a cuadros rojos y jeans, y le pareció que en poco se diferenciaba de los excursionistas que por épocas aparecían por el lugar. A la mayoría les atraía el paseo por la planicie, un sitio todavía agreste, que recompensaba el esfuerzo de llegar hasta allí. Al resto, que su pequeño núcleo de habitantes, tan rústicos en sus modos y maneras, hablara todavía un español colonial que era un gusto escuchar. Aunque fastidiaban, convirtiéndolo todo en tema de sus asuntos e investigaciones, compensaban la molestia con la compra de sus tejidos y artesanías. A la mujer le pareció que el forastero bien podía pertenecer a este segundo tipo, y cuando esperaba que se detuviera frente a su casa, aquél continuó de largo, seguido por la histeria de los perros.

Era un día domingo y el sol frío cubría de opacidades la lejanía. Arlene corrió los visillos, disponiéndose a sus tareas de siempre, una rutina que se acentuaba cuando su marido viajaba a la ciudad. Llevaba varios días sola y no tomó a mal que su mente se ocupara de aquel forastero tan apuesto.



Luego lo olvidó y en ese olvidó pasaron las horas hasta que de nuevo escuchó a los perros. Se arregló un poco el cabello y fue a asomarse a la ventana.

En el porche estaba el hombre, dudando en si llamar o no. Antes de que volviera la espalda, Arlene abrió la puerta y apaciguó a los perros. Tocado por aquella luz difusa del atardecer, el forastero parecía aún más alto. Tenía una mirada glacial, que penetraba muy adentro de ella y que la puso temerosa. Sin embargo la ganó la curiosidad, más aún cuando el forastero le habló en un idioma ininteligible que jamás había escuchado. Pensó que era lituano, como bien podía ser persa o mongol, daba igual, la mujer no entendía lo que el extraño le decía, hasta que saltó el nombre de Djuna.

El forastero preguntaba por Djuna, la vecina muerta, cuya tumba se hallaba en el jardín trasero de la que fue su casa, sólo que éste llegaba semanas después de que la mujer, sorprendiendo a todos, se suicidara.

Para enterarlo, a Arlene se le ocurrió llevarlo hasta allí. Buscó la llave bajo la maceta de hortensias de la entrada y, sin dejar de preguntarse qué vínculos podían unir al desconocido con Djuna, le abrió la puerta. Por lo pronto, no advertía en él ningún aire familiar, como el que existe por ejemplo entre hermanos o parientes cercanos o, quizás, imaginó, su afán fuera el de un esposo que vuelve al cabo de años de ausencia, sólo que su amiga jamás había mencionado estar casada.

El hombre, sin duda, venía de algún país nórdico, el idioma y su blancura extrema, como si no conociera el sol, así lo indicaban. No era, pues, alguien corriente, y ella se sorprendió de que accediera sin mayores precauciones a abrirle la casa de Djuna. Quizás por su interés en quien a su manera era también una extraña que, como ahora el forastero, un día apareció allí donde nadie la esperaba.

Había sucedido a mediados de diciembre: los vecinos la vieron descender del bus de la línea con el morral y el sombrero de paja y luego dirigirse a la inspección de policía para informarse acerca de las casas en alquiler. Eligió una con vista a las montañas, no demasiado grande, que le permitía tener una huerta y llevar una vida sencilla. Pronto su figura se hizo familiar y, como era gentil y no incomodaba a nadie, no tuvo mayor problema en ser aceptada por la pequeña comunidad. Según el clima, dedicaba horas a recorrer la vereda y los bosques de robles y pinos cercanos, respirando ese aire puro que en otra parte quizás le hacía falta.

Djuna era de hábitos austeros y dedicaba el tiempo a tallar en madera toscas figuras, cuál más rara, que colocaba en repisas dispuestas en sala y corredores: en el fondo, un inventario caprichoso de objetos que sólo a ella significaban algo. Eso le pareció a Arlene la primera vez que Djuna le abrió las puertas de su casa, convirtiéndola en testigo involuntario de una labor que con el tiempo multiplicó sus resultados, así como se multiplican las anotaciones en un diario; dejándole advertir también que, detrás de aquella desconocida, de la que en verdad nadie sabía nada, existía otra que destinaba su existencia solitaria a un oficio singular. Y que hablaba el español con muchas dificultades.

En un comienzo, Arlene pensó en uno de esos personajes, hijos del jipismo y practicantes de una filosofía de vuelta a la naturaleza, disfraz por lo común

de una vida ociosa y sin mayores compromisos, que de tarde en tarde aparecían por allí. Pronto supo que estaba equivocada y que en el caso de Djuna, pese a las apariencias, las cosas no resultaban tan simples.

La cercanía y familiaridad se convirtió luego en verdadera atracción por esa criatura volcada, como una flor exquisita, sobre su perfecta singularidad. Disimulado en un comienzo este sentimiento, que Arlene no sabía cómo definir, no demoró en convertirse en algo superior a ella misma. Aceptar que, contra toda razón, sentía por la forastera un afán que arrastraba con ella, primero la confundió y luego la llenó de algo parecido a la felicidad.

Pero antes sucedió un hecho, inexplicable aún para ella misma.

Un día fue a casa de Djuna con una torta recién horneada y, al no encontrarla, la buscó en el jardín. Allí, bajo sauces y eucaliptos, corría un arroyo de aguas frescas y transparentes y, bañándose desnuda en él, estaba Djuna. Acostada en el lecho arenoso y con los ojos entrecerrados, gozando de ese placer elemental, Djuna no advirtió a su amiga, o sólo la advirtió cuando ésta, obedeciendo a un impulso, con el cuenco de la mano, chorreó agua sobre su cuerpo. Djuna abrió los ojos, pero como si desde antes hubiera contado con ese momento, en vez de una reacción pudorosa, le atrapó la mano y, sin detenerse en que su amiga estaba vestida, la atrajo sobre sí, tirándola al agua. Terminaron abrazadas, riendo y disfrutando como adolescentes de aquel momento, que luego mudó en otro, aún más intenso, cuando Arlene aceptó que, de pie en la corriente, su amiga la desnudara. Se estremeció cuando, pellizcándole los rosados pezones, le hizo darse vuelta y le alabó el cuerpo, sintiendo que tal complicidad, algo nuevo para ella, le daba peso a su vida. Después yacieron juntas en aquellas aguas, semejantes a dos figuras que, desde reinos muy lejanos, el tiempo hubiera arrastrado hasta allí.

Una devoción, un ruego, una letanía amorosa, era lo que Djuna le ofrecía a Arlene y le siguió ofreciendo durante aquel verano en que ambas, motivadas por el sol inclemente, acudían al arroyo y disfrutaban del hecho de estar vivas y quererse a su manera. Con todo, fuera de esa materialidad jubilosa, oculta al marido, Arlene poco sabía o poco seguía sabiendo de su ahora querida forastera.

A poco Djuna abandonó sus tallas, nacidas de nostalgias brumosas y tóxicas, ocupándose de esa otra pasión que ahora empezaba a acompañar su edad madura.

Aquel fue un tiempo sin preguntas. Lo que ocurría, ocurría simplemente, y era ese goce voluptuoso, esa carnalidad entumecida presta a recaer en delicadezas aún mayores, la que a una, Arlene, la apartaba de un presente siempre igual, sin perspectivas distintas a una rutina sin alma, mientras a la otra, Djuna, convirtiéndola en un ser sin historia, la retraía de un pasado inescrutable.

Otros días paseaban por caminos veredales que la distancia y el paisaje irregular volvían laberínticos o se metían al bosque en busca de orquídeas y cardos silvestres con los que luego enriquecían el jardín casero.

Sin embargo, algo despertó la curiosidad de Arlene.

Por más lejanos, fatigosos e intrincados que fueran, los paseos terminaban siempre en el mismo lugar. Una explanada solitaria en forma de trapecio que parecía poseer una significación especial para su amiga. Una vez allí, Djuna se precipitaba en busca de algo, un rastro, una prueba, una señal inesperada, de algo que seguramente había sucedido en su ausencia o pronto sucedería, y recorría meditativa aquel espacio, angustiada por no encontrar lo que esperaba. Sucedió de manera siempre igual, sin que, al regreso, pudiera ocultar un sentimiento de frustración y, decepcionada, se encerrara en un silencio que ni las bromas ni los cariños conseguían penetrar.

¿Qué esperaba Djuna hallar allí que la motivaba a ese mutismo doloroso? Arlene advertía cómo su hermoso rostro, bajo aquel desencanto, parecía avejentarse y toda ella casi convertirse en algo ajeno, endeble, en un ser de otra especie. No en alguien espantoso, sino en una criatura cuya fragilidad y abandono movía casi a gritar.

Le hubiera gustado contarle esto al forastero cuando juntos recorrieron la casa y él se detenía a examinar cada una de aquellas figuras nacidas de sus manos, y que a Arlene se le asemejaban a las que los maories de Nueva Zelanda fabrican, tan inexplicables al menos como éstas.

Al forastero lo conmovieron, quizás porque de manera individual y conjunta guardaban un mensaje, seguramente para alguien como él. Arlene lo vio retraerse y borrar a ocultas una lágrima. Un aire pensativo, triste, que se hizo más profundo en medida que se acercaban al jardín, casi lo llevó a resistirse cuando, también alterada, con una seña, Arlene le indicó el sitio de la tumba. Pensó entonces que ese extraño, de aspecto poco común, más que un marido o un hermano, bien podía ser un amante que llegaba tarde, quién sabe por qué circunstancias, a una cita convenida. Por unas pocas semanas, para desgracia de ambos, ésta no se había cumplido y luego el destino había actuado y ahora Djuna estaba muerta y, tanto dolor había en Arlene como lo había en él, separados ambos por un idioma infranqueable que dejaba a cada uno en su orilla, sin poder evocar de manera común al ser amado y vivir en unión su pena.

La tumba estaba entre las plantas del jardín silvestre, y salvo la cruz de madera con el nombre y la fecha de su muerte y una mata de siemprevivas encima, nada más la distinguía. El forastero se acercó y Arlene vio cómo se resquebrajaba. Cubriéndose la cara, lloró sin consuelo, lo que la puso a llorar también a ella, tornándose ese llanto aún más suyo y doloroso cuando recordó los últimos días de Djuna, hundida en la depresión y una melancolía sin remedio: cuando por el intenso invierno y las lluvias, las visitas a la explanada se suspendieron y regresar al quehacer con sus pequeños ídolos ya no le atrajo y, para su decepción, poco alivio le ofrecía ya su compañía; cuando sentada en la puerta de aquel jardín, Djuna pasaba las horas mirando hacia la montaña, hacia ese punto donde, como si fuera a bajar del cielo, esperaba lo que no llegaba.

A Djuna aquella expectativa, que tardaba en cumplirse, no sólo la retrajo de los asuntos habituales, sino que la obligó a acudir a los tranquilizantes y somníferos y, como si no existiera otra razón distinta a la que la había sostenido

Pensó entonces que ese extraño, de aspecto poco común, más que un marido o un hermano, bien podía ser un amante que llegaba tarde, quién sabe por qué circunstancias, a una cita convenida.

hasta allí, cualquier día se tragó el frasco entero de cápsulas para ahorrarse así tanta agonía, y a Arlene, que la descubrió recostada y exánime en el sofá de la sala, causarle un desgarrador grito de dolor.

Nada de esto, ni de los días felices, ni de las caminadas a la explanada, podía contarle al hombre, cuya blancura allí en aquel jardín descuidado, ahora que lo observaba, parecía atraer sobre sí lo último de la claridad de la tarde, transfigurándolo, Arlene no sabía en qué, si en cristal, nube, astro o ser monstruoso; en algo en todo caso a lo que su razón, conmocionada, no podía darle forma. Y, subyugada por la visión, recordó la vez que, sobre una alfombra hecha de pétalos y hojas, allí, en aquel jardín, mientras Djuna la poseía, llevándola al más alto e intenso de los placeres, por un momento, como si aquella se hubiera vuelto traslúcida, hecha de un cristal blando y hermoso, vio que dentro la habitaba un enorme insecto dorado que al frotarla con su vientre y patas le producía a ella, a Arlene, un placer tal que ella deseó morir enseguida.

Claro que el amor a ella la hacía ver “cosas” y aquello quizás era sólo fruto de su delirio, pero fue quizás el instante, entre tantos otros compartidos, en que, fundidas la una en la otra, ambas fueron arrebatadas por una fuerza estelar, llegada desde más allá del amor, si eso puede decirse.

Al final el hombre echó una mirada a todo aquello que dejaba atrás y, hablándole en su lengua, que a Arlene le sonó a ríos que se deshuelan, se despidió. Entonces fue como si una hermosa letanía, que a ella le pareció seguir escuchando la noche entera, quedara en su mente. ■

Elkin Restrepo (Colombia)

Poeta y narrador. Dirige la Revista Universidad de Antioquia. Sus últimas publicaciones: *Como en tierra salvaje, un vaso griego* (poesía, 2012), *A un día del amor* (relatos breves, 2012), *Una verdad me sea dada en lo que escribo* (antología, 2014) y *El torso de Venus* (poesía, 2015).